

NICOLÁS REDONDO

La Europa autocrática



Agradezco la amable invitación de la Fundación Emilio Barbón y de su Presidente, Vicente que, con un grupo de colaboradores, tanto se esfuerzan en mantener en la memoria colectiva del socialismo asturiano una figura tan reseñable como la de Emilio, con el que mantuve una estrecha relación durante muchos años. Conociendo de primera mano sus esfuerzos y dedicación al servicio del socialismo.

Desde las reuniones en Tarna a las de Bayona en Francia, Asturias, País Vasco, Cantabria, reuniones en la clandestinidad, en las que se concretaban actividades políticas y sindicales y propuestas congresuales. Coincidimos en homenajes a Manuel Llana, como diputados en el parlamento de la nación, le visité repetidas veces en su domicilio de Laviana y en su casa de Soto de Agues, lo que me permitió conocerle y, sin ningún riesgo a equivocarme, calificarle como el prototipo de militante socialista. Entre sus muchos ejemplos, uno de los que más he apreciado ha sido su coherencia política, la estrecha relación entre lo que decía y hacía, entre la política que predicaba y la que practicaba, siempre con plena dedicación al PSOE y la UGT.

De una UGT cuya historia se confunde con la del movimiento obrero y en gran parte con la historia de nuestro país.

De un sindicato de tradición pablista marcado por el comportamiento ético de Julián Besteiro y su aportación intelectual a los problemas sociales, la entrega de

*Nicolás Redondo, ex Secretario General de UGT y patrono de la Fundación
Emilio Barbón*

un líder obrero, Francisco Largo Caballero y la capacidad de un político, Indalecio Prieto.

Un Francisco Largo Caballero, a veces mal interpretado, que dedicó 56 años de su vida a la UGT como afiliado, concejal, diputado, ministro de trabajo, jefe de gobierno. Que como ministro de trabajo promulgó una de las leyes laborales más progresistas de Europa.

De un Indalecio Prieto, a veces injustamente denostado, como hemos leído recientemente en un periódico de tirada nacional, que hizo compatible su liderazgo, el de un socialismo vasco caracterizado por sus fuertes luchas sociales, con la preocupación del futuro de España como nación. Una España como él la deseaba, abierta, laica, republicana, autonomista.

Un Indalecio Prieto que nunca estuvo ausente de ningún acontecimiento político y social de su país, defendiendo siempre con coherencia y dignidad las ideas en las que creía.

Creo que Pablo Iglesias, Largo Caballero, Besteiro, Fernando de los Ríos e Indalecio Prieto son una referencia obligada del socialismo en España.

De un socialismo del cual podemos sentirnos legítimamente orgullosos dada su aportación a conquistas sociales que en aquél entonces parecían inalcanzables y que hoy forman parte de nuestra realidad.

Después vinieron los años de plomo de la dictadura franquista.

Ya en la década de los 40, después de la cruentísima represión sufrida, se inició desde las cárceles, campos de concentración, desde el propio exilio en la Francia ocupada, aún de manera incipiente, una organización más o menos estructurada, más presente, con más capacidad de propaganda que en la década de los 50. Una década, la de los años 50, especialmente negativa tanto para la UGT como para el PSOE, en la que fueron desmanteladas siete comisiones ejecutivas de España, en una de las cuales fue encarcelado y asesinado en la dirección general de seguridad de Madrid Tomás Centeno, presidente de la UGT, lo que determinó el traslado de la dirección de ambas organizaciones a Toulouse.

Durante la década de los 60 la UGT y el PSOE mantuvieron una gran actividad incrementando la implantación de nuestras organizaciones. Vinieron nuevas generaciones, nuevos líderes, España cambiaba de manera radical. Pasó de ser una España rural a una España urbana, trasladándose un 20% de ciudadanos del campo a la ciudad.

Algunos de los que estáis aquí recordaréis los esfuerzos que realizamos para desmentir lo que muchos decían o pensaban, de que la UGT no tenía futuro. Nuestro primer objetivo fue desmentir ese criterio. Lo logramos con la aportación de muchos compañeros, algunos de los cuales ya han desaparecido y otros que estáis aquí.

Los años de 1960-1970 fueron años de fuertes luchas sociales, en que pocas veces, con más o menos participación, estuvo ausente la UGT.

Con el partido socialista en las elecciones de 1982 logramos que éste asumiera en su programa electoral las reivindicaciones de UGT; las 40 horas semanales y los 30 días de vacaciones. En 1984 negociamos con éxito la reconversión industrial.

Años antes nos esforzamos en conseguir un espacio para el socialismo democrático en su dimensión sindical y su dimensión partidaria. Fueron años de confluencia en esos objetivos, después vinieron las desavenencias. Desavenencias jamás personales, sino ocasionadas por las diferentes funciones y concepciones sociales existentes entre el gobierno y el sindicato.

Ojalá se pudieran mantener de manera estática y permanente unas relaciones armoniosas entre gobierno y sindicatos. La realidad demuestra que aún siendo deseable, no siempre es posible, como denotan muy bien las huelgas de 1988, 1992, 1994 y la última del 29 de septiembre. Lo lógico en estos casos, es desdramatizar las diferencias respetando la doble función del sindicato tanto como poder institucional, como contrapoder obrero al servicio de los trabajadores.

Creo que nadie como Pablo Iglesias, Largo Caballero, Besteiro, Prieto, Fernando de los Ríos, han hecho posible en nuestro país la afirmación de que la utopía no es más que una verdad prematura y ello desde la convicción de que el camino recorrido por importante que nos parezca, y sin duda lo es, resulta mínimo del que nos queda por recorrer a la vista de las innumerables desigualdades e injusticias que se dan cita en nuestras sociedades.

Es cierto que la sociedad ha sufrido profundas transformaciones con la conquista del Estado de Bienestar. Es cierto que se han conseguido implantar sistemas públicos de Seguridad Social que protegen a los ciudadanos, una distribución más equitativa de la riqueza que permite hoy el acceso a bienes y servicios que hasta entonces estaban reservados a las minorías. Lo que no es menos cierto, es que sufrimos una regresión social, en que las diferencias entre las rentas se agudizan y con ellas, la pobreza y la marginación.

En aras de la competitividad, desde gobiernos, esferas políticas, empresariales, tanto a nivel europeo como en nuestro país, se propaga la necesidad de que para salvar al Estado de Bienestar hay que reducir su equidad a través de medidas conducentes a recortar la protección social.

La liquidación del modelo comunista aceleró la presión neoliberal arrastrándola a una simplificación arrogante y fundamentalista que le ha llevado a confundir economía de mercado con sociedad de mercado, proclamando el llamado pensamiento único.

Constatamos la existencia de un poder económico que se rebela sin ningún pu-

dor contra el poder político emanación de la soberanía popular. Un poder económico que de conservador no tiene nada, es un poder insurgente que pretende, por encima de los estados nacionales, imponer su ideología, sus reglas, sus intereses, suplantando la voluntad democrática de los pueblos.

Se trata de una subversión de valores tanto ideológicos como culturales que sustentan todo el entramado neoliberal.

En definitiva, estamos ante una situación compleja marcada por un hiperliberalismo que propugna la libertad de mercado, que es tanto como pregonar la libertad de la zorra guardando el gallinero.

Asistimos a una profunda crisis alimentaria, a una inmisericorde globalización neoliberal, a un preocupante cambio climático, a uno de los cambios sociales más espectaculares, como es el de la emigración, consecuencia de una globalización económica sin ningún control democrático, a una Europa de 27 estados, con 27 diferentes mercados laborales, violentados todos ellos por la ley del mercado que facilita la deslocalización de empresas y la aplicación de un salvaje dumping social.

Uno de los problemas es que en la Unión Europea no se han producido convergencias de las normas laborales de los distintos países miembros. Sigue habiendo diferencias sustanciales en la naturaleza, el grado y la intensidad de la protección social. No puede, en consecuencia, hablarse de un mercado laboral único en la actual Unión Europea, sino de tantos mercados como países miembros.

Esta heterogeneidad es un profundo hándicap para conseguir mejoras y equiparables condiciones socio-laborales.

Otro profundo problema político con sus consecuencias sociales que afecta a la UE, es la negativa a establecer una arquitectura monetaria, fiscal, presupuestaria, productiva y social acorde con la enorme cesión de soberanía que ha supuesto la moneda única.

De una Europa rosa, la de un socialismo hegemónico en que se llegó a gobernar en once de los quince países miembros, entre los que se encontraban cinco de los mayores: España, Italia, Francia, Alemania y Reino Unido, sin que ello revirtiera en los lógicos avances sociales, se pasó a una Europa con mayoría de derechas, que ésta sí, de manera paulatina, va imponiendo su dogma económico-social, con un aumento de las tensiones sociales e incremento de las fuerzas populistas.

Si bien es cierto que la Unión Europea sigue siendo todavía un referente social para otras muchas naciones de otros continentes, incluido Estados Unidos, no es menos cierto que esta Europa de mayoría social conservadora está sufriendo un preocupante achatamiento de sus estados de bienestar y con ello, un cada vez mayor déficit democrático y social.

Nos enfrentamos a decisiones comunitarias socialmente regresivas, a una distribución de las rentas cada vez más desiguales, al aumento de las edades de jubilación.

A una cada vez más acusada precarización de los mercados de trabajo. Son medidas que vienen como llovidas del cielo sin que los ciudadanos, los trabajadores europeos, encuentren el adecuado amparo.

Estamos frente a un contexto complejo, con más preguntas que respuestas, con más dudas que certidumbres. Dudas e incertidumbres que embargan por igual tanto al movimiento sindical como al conjunto de la izquierda.

Asistimos a propuestas ideológicas y políticas, quizá realizadas con la mejor intención, pero que han resultado fallidas. Propuestas como las del neolaborismo o la tercera vía de Tony Blair, las del nuevo centro del ex canciller alemán Gerard Schröder, políticas denominadas social-liberales, de las que se ha venido a decir que eran políticas de derechas aplicadas por partidos de izquierda.

Creo que pretender dar alternativas a esta compleja situación puede ser un esfuerzo baldío, estéril, si no se aborda en el seno de los sindicatos, partidos socialistas, tanto en el ámbito del estado como a nivel europeo, lo que no parece estar en el orden del día. Si hay algo que llama la atención es el estruendoso silencio del Partido Socialista Europeo y la falta de reacción de la izquierda ante semejante situación.

Todo ello me lleva a considerar la necesidad de un debate sobre el presente y futuro del socialismo, es no sólo importante y enriquecedor, sino que es absolutamente necesario. De lo que se trata es de no asumirlo de manera acrítica, aún cuando ello pueda ser para muchos de nosotros lacerante, doloroso.

Después de la Segunda Guerra Mundial, tanto en EEUU como en los demás países occidentales, se erigieron sistemas de economía mixta, en la que, si bien se aceptaba la economía de mercado, ésta estaba sujeto a normas regulatorias y a un fuerte sector público que en gran parte corregía sus excesos. En Europa, con los denominados treinta años gloriosos de prevalencia socialdemócrata, con la regulación de los mercados, con un fuerte sector público, con políticas fiscales progresivas, etc., se fue conformando el llamado Estado Social que nos iba adentrando en el denominado Estado de Bienestar. Estados de Bienestar que se reservaban las posibilidades de intervenciones en el sector público, en la legislación social, en la economía. Que no renunciaban a la exigencia de tutelar derechos sociales que solo pueden salvaguardarse a través de la intervención pública, derechos de sanidad, de educación, de jubilación, anteponiendo los intereses generales a los particulares.

De aquella Europa social se fue pasando paulatinamente a otra Europa. A una Europa eurocrática que ha constitucionalizado el liberalismo como doctrina oficial de la Unión Europea y con ello el achatamiento social, con las consiguientes privatizaciones del sector público, políticas fiscales regresivas, recortes de las prestaciones sociales, pretendiendo con ello sustituir la democracia por el mercado como derecho natural de la sociedad.

La economía de mercado no encuentra espontáneamente la armonía. Para fun-

cionar eficazmente, necesita reglas de juego. La misión de los sindicatos, de la izquierda, es la de conseguir nuevas regulaciones cada vez más necesarias frente a la actual mundialización económica.

Los mercados, o más bien los grupos financieros, especulativos, fondos de inversión, que los dominan, se caracterizan por ser insaciables en exigir recortes del gasto social, bajadas de impuestos, desregulaciones de todo tipo. Asistimos a la reafirmación del capitalismo y del ridículo de todos aquellos que, como consecuencia de la crisis financiera, anunciaban una refundación de este capitalismo. Entre los perdedores de esta situación ocupan un lugar destacado, no sólo el socialismo democrático, los sindicatos y con ellos los trabajadores, las capas populares, sino el conjunto de la sociedad.

Lamentablemente, no hace falta ser especialmente perspicaz para constatar cómo el socialismo internacional, la socialdemocracia europea y su componente española se iban deslizando hacia las doctrinas liberales. A veces de manera pasiva y otras incluso protagonizando la demolición de los estados sociales heredados de la época dorada de la socialdemocracia, aceptando como incuestionables postulados liberales, como si fueran inherentes al sistema democrático. Tanto a nivel europeo como en nuestro propio país, el socialismo democrático fue aceptando la necesidad de que para salvar el estado social era necesario reducir su equidad, renunciando con ello a uno de los principios irrenunciables del socialismo como es la consecución de un sistema más igualitario, más equitativo.

Lamentablemente hoy la izquierda, el socialismo, no tiene ningún instrumento internacional frente a un capitalismo de hegemonía mundial. Incluso instituciones como el FMI, BM, OCDE, CE, OMC, G20, que en un principio parecían estar creados para servir de apoyo al desarrollo económico y social de los pueblos, han caído bajo la total influencia del poder económico. Instituciones a las que no se trata de desmantelar, sino de reformar profundamente si no queremos que la izquierda aparezca como mera comparsa justificando ante la opinión internacional y las capas populares el desorden mundial establecido.

La realidad económica y financiera vigente no es la plasmación del triunfo de la razón universal, como se pretende hacer creer, sino la lógica del más fuerte. Uno de los signos más negativos de esta fuerza, son los obligados planes de ajuste que impone el mercado a estados democráticos representantes de la soberanía popular. Vemos cómo los mecanismos de rescate creados por Bruselas, con préstamos multimillonarios, son una ayuda envenenada que desestabiliza la situación política y social, ahogando el crecimiento económico y con ello llevándonos a un mayor empobrecimiento.

Si frente a un contexto complejo, con más interrogantes que certezas, donde no se sabe si asistimos a la terminación caótica de un siglo, o al inicio de uno nuevo

que no parece especialmente esperanzador, sobre el que no me atrevo a aventurar, manifestando mi incapacidad para proponer alternativas sobre cuales puedan ser las principales propuestas y objetivos de la izquierda.

A lo que sí me atrevo, es a manifestar la exigencia de un rearme ideológico de la izquierda, lo que exige recuperar principios fundamentales de nuestro socialismo democrático, como son: un radical reformismo, el principio de la igualdad o la equidad y el obligado internacionalismo.

Teniendo en cuenta que ya no se trata de recurrir a revoluciones imposibles sino a reformas posibles, que no se trata de conseguir un nuevo mundo, sino de reformar el que tenemos, la socialdemocracia en este sentido ya demostró su capacidad reformadora consiguiendo con ello lo que se dio en llamar la cultura social europea.

En nuestro socialismo, el reformismo, el gradualismo, en que las sucesivas y graduales reformas sociales nos iban acercando a sociedades cada vez más equitativas forman parte de la mejor tradición de nuestras organizaciones.

Cuando tanto se habla de solidaridad, sobre todo en situaciones de crisis como la actual, manifestar que el valor central de la UGT y del socialismo no es la solidaridad sino la igualdad. El ser solidario es hacer algo por el que lo necesita y es importante. Lo justo, lo socialmente reformista, es hacer lo necesario y preciso para eliminar y reparar las injusticias sociales.

Ese reformismo sólo tiene sentido si el socialismo, la izquierda, recupera su dimensión internacionalista. De nada sirve analizar la crisis económica como un fenómeno internacional situando las respuestas a nivel nacional, por lo que no deja de ser preocupante el profundo silencio del partido socialista europeo frente a una crisis que nos retrotrae a situaciones sociales que se creían superadas. El desafío actual para el socialismo es el de establecer alternativas creando relaciones de fuerza, configurando mecanismos institucionales para corregir la deriva actual de la Unión Europea y de la globalización en un sentido social dando satisfacción a millones de personas sumidas actualmente en la precariedad.

Aún cuando sea reiterativo, cuando parece que hemos renunciado a nuestra dimensión internacionalista, manifestar una vez más que la acción sindical de la izquierda anclada en el ámbito nacional, no puede hacer absolutamente nada frente a un capitalismo con estrategias continentales, cuando no planetarias.

Si me lo permitís, que mejor ejemplo de ello que las ocho huelgas generales de Grecia, las nueve movilizaciones de protesta en Francia, las huelgas generales de España y Portugal, bloqueadas todas ellas en el marco nacional, lo que exige del movimiento sindical europeo un principio fundamental: A más Europa, más sindicalismo europeo.

Qué decir del silencio de la socialdemocracia europea, de los gobiernos socialis-

tas de Grecia, España y Portugal, frente al obligado rescate impuesto por el mercado a uno de ellos y el consiguiente riesgo de que se aplique a los otros dos.

En cuanto a la igualdad, a la equidad, es una exigencia recuperar esos principios fundamentales sin los cuales el socialismo no tiene sentido.

Un socialismo que, no sólo defienda la igualdad de género, con ser ésta importantísima, no sólo la igualdad de todos los ciudadanos y ciudadanas, trabajadores y trabajadoras, vivan estas en Euskadi, Cataluña, Asturias, Andalucía, Castilla la Mancha, Madrid, sino una igualdad entre las clases sociales, una igualdad como norma moral a la que toda sociedad justa debe tender, precisamente para remediar la desigualdad social engendrada por el sistema capitalista que la transforma en una estructura de dominación.

A la dimensión internacionalista, al reformismo radical, a la exigencia de una mayor igualdad, es indispensable recuperar estados democráticamente fuertes que tutelen las políticas redistributivas, los derechos sociales a través de intervenciones públicas, poniendo fin a políticas fiscales poco equitativas que recaen sobre todo, en las rentas salariales.

Sin la recuperación de la progresividad fiscal del impuesto como instrumento redistributivo, cualquier intento reformista de conquistas sociales, está condenado al fracaso.

Independientemente del color del gobierno, la fiscalidad, tanto a nivel global como en nuestro propio país, ha contribuido a aumentar las desigualdades de renta y patrimonio como nunca había ocurrido desde el siglo XX.

Uno de los principales desafíos de la izquierda es revertir las políticas fiscales impulsando impuestos progresivos que incrementen la fiscalidad directa.

Sólo una fiscalidad internacional puede influir sobre comportamientos especuladores de paraísos fiscales, actuando como un instrumento de redistribución y ayuda al desarrollo.

Se trata de un trabajo inmenso del que la izquierda debería hacer el objetivo principal de su internacionalismo.

Si me lo permiten, citaré una entrevista aparecida en el libro «La Memoria Recuperada», pág. 903: «Cuando ahora, tan sólo siete años después de que los socialistas hayan dejado el gobierno, se nos pide resaltar algunas características de la política económica socialista, hay que sacar la lupa para encontrar algunas diferencias con las políticas de UCD y del PP». Quien dijo esto fue el preclaro socialista y hoy Gobernador del Banco de España, Miguel Ángel Fernández Ordóñez.

Posteriormente a estas declaraciones, al gobierno socialista le cabe el dudoso honor de seguir aplicando una política fiscal regresiva, reduciendo el impuesto sobre la renta, eliminando la imposición sobre el patrimonio, etc., etc.

Sobre cómo se podría avanzar, manifestar que la situación social actual obliga a

un giro que pasa por exigencias que ya no se pueden demorar, como son: la obligación de que los partidos socialistas sean más representativos de sus electores, de las capas modestas y populares de la sociedad; de políticas socialistas a nivel europeo, de iniciativas continentales en las que prevalezcan los intereses sociales sobre los económicos, el estado sobre el mercado y los ciudadanos sobre la empresa.

Si se quiere un mundo mejor es necesario conseguir una Europa más social, con pleno empleo, con derechos sociales, no sólo para satisfacción de sus propios ciudadanos, sino como referencia y aportación solidaria a la reorientación de esta desquiciada mundialización. Se tendrán que defender opciones auténticamente de izquierdas, de disenso, de confrontación a las alternativas de derechas.

Que el comercio internacional, las inversiones, la circulación de capitales, la integración de empresas, todo ello imprescindible para el desarrollo y la creación de empleo, tendrá que desarrollarse en el marco fijado por los poderes democráticos.

En este rearme ideológico que no puede ser un mero retoque cosmético, sino una verdadera catarsis, la necesidad de volver a entroncar con la izquierda clásica pasa por una contestación contundente al capitalismo, a la mundialización liberal. Exige que, frente a un proceso gobernado por un reducido número de empresas, una mundialización política cuya esencia no puede ser otra que la regulación y el control democrático.

En definitiva, se trata de darnos un pensamiento que habrá de provenir de una mezcla de lo viejo y lo nuevo y de una combinación acertada entre lo logrado y lo por lograr, entre la realidad y la utopía.

La utopía de crear una sociedad justa en el marco de una economía moderna. El concebir la justicia social en un desarrollo económico durable con lo que, a pesar del tiempo transcurrido y de los profundos cambios sociales, estaríamos próximos al pensamiento de un socialismo clásico, como el de nuestros maestros.

Creo que frente a una de las mayores amenazas que tiene ante sí la humanidad, la izquierda política, sociológica, está obligada, superando diferencias partidarias, a catalizar no sólo demandas sociales y económicas, sino también éticas y morales que tendrían que ser consustanciales a toda sociedad democrática. Una responsabilidad personal que corresponde a cada uno de nosotros, independientemente del lugar que ocupemos en la escala social, ante la profunda regresión social que, no sólo amenaza al estado social sino a la propia democracia.

